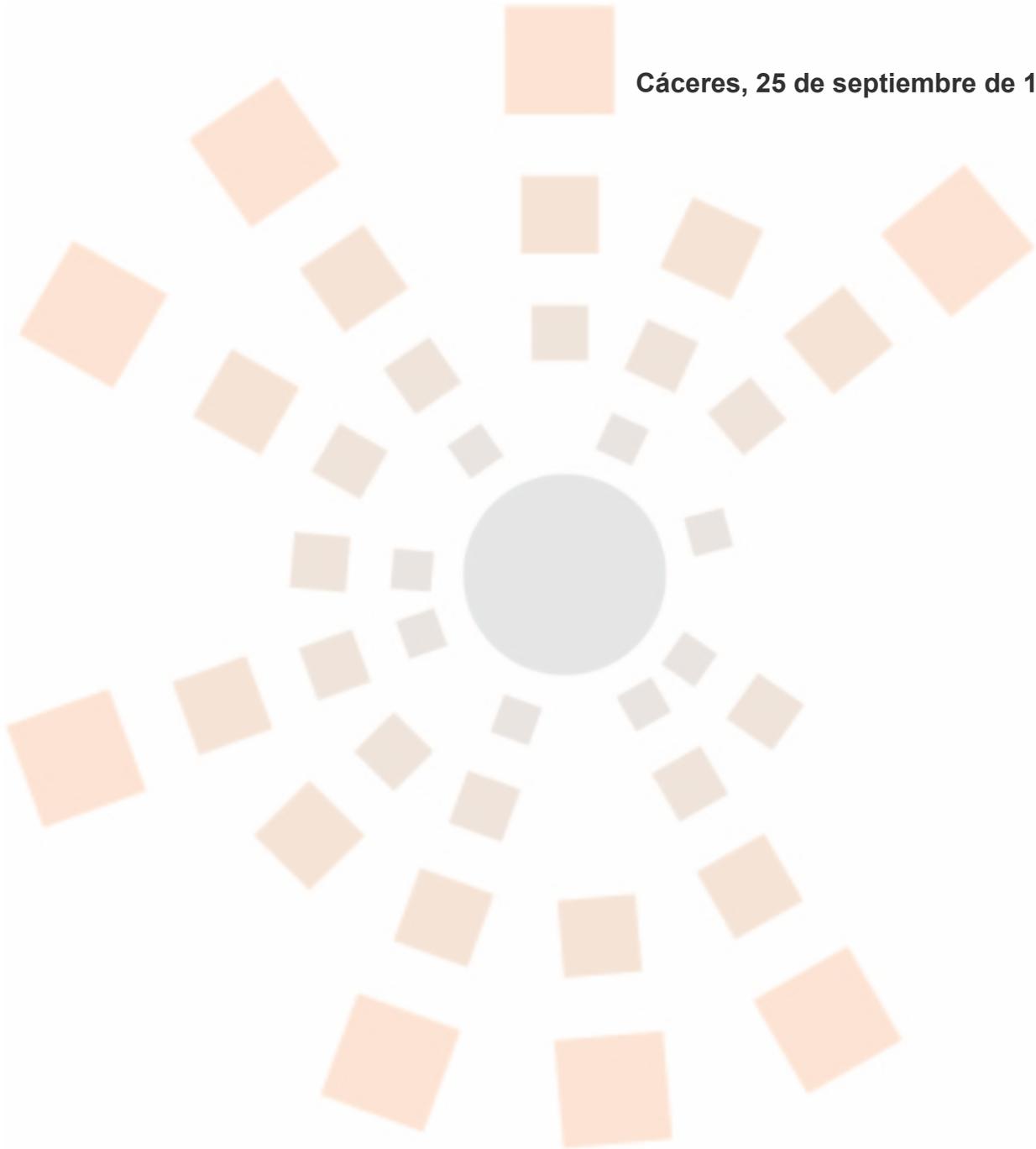


INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL CONGRESO DE DERECHO INTERNACIONAL

Cáceres, 25 de septiembre de 1999



INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL CONGRESO DE DERECHO INTERNACIONAL

Cáceres, 25 de septiembre de 1999

Señor alcalde de Cáceres, señora presidenta de la Diputación, señor rector de la Universidad, señor decano de la Facultad de Derecho, señor presidente Betancourt, estimado y querido profesor Roberto Mesa, muchas gracias en primer lugar a usted por haber tenido la feliz idea de traer este Congreso, estas Jornadas a Extremadura y concretamente a la ciudad de Cáceres. Y no le extraña, a mí desde luego no me extraña, sus palabras en cuanto a la hospitalidad recibida por parte de cuantas personas han intervenido desde nuestra región, desde nuestra ciudad, en el acompañamiento de estas importantes Jornadas que ustedes han celebrado en estos tres días aquí, en Extremadura. Porque la hospitalidad, yo creo que sería la nota distintiva fundamental que adorna el carácter de los extremeños.

Yo estoy muy satisfecho por estar aquí, hoy clausurando estas Jornadas, pero más satisfecho porque ustedes hayan estado en Extremadura durante estos tres días. No soy un nacionalista extremeño, he dicho en muchas ocasiones que yo no me siento orgulloso de haber nacido en Extremadura, porque nací de casualidad, por casualidad en Extremadura, como se nace por casualidad en cualquier sitio. Ahora, sí me siento satisfecho de ser extremeño y de lo que los extremeños estamos haciendo de estos años de democracia, en que por primera vez hemos tenido la oportunidad de darnos nuestro propio gobierno y decidir nuestro propio futuro dentro del contexto, dentro de España. Y cuando vengo y estoy en la ciudad de Cáceres, todavía me siento más orgulloso de ser extremeño por la importantísima ciudad que ustedes han pisado a lo largo de estos tres días, y que como todo el mundo sabe es Patrimonio de la Humanidad. Y entiendo que les doy la bienvenida a Cáceres, al tercer día de estar aquí, en nombre del señor Alcalde, que con mucho gusto les recibió el primer día.

Entonces, satisfacción de tenerles aquí, porque están en Extremadura y porque están en Cáceres.

Hemos pasado de ser la región desconocida a ser la gran desconocida. Hemos pasado del tópico al topicazo. Sé que se dice con cariño, pero les puedo decir que nos da igual; que hace veinte años o quince años estábamos muy preocupados con que no nos conocieran; ahora nos da igual, porque nosotros hemos encontrado nuestro camino y estamos caminando. En algunas ocasiones nos pudiera ocurrir como aquel actor de cine que lleva veinte años haciendo películas y de pronto alguien le dice, y lo ve por la calle y le dice: “eres el gran desconocido”...; “si llevo veinte años en la pantalla y usted no me conoce, tendré que mejorar o tendrá usted que abrir los ojos”. Pero en fin, en cualquier caso no nos preocupa, no

nos preocupa que nos conozcan o nos dejen de conocer; lo que nos preocupa es que acertemos con el camino que tenemos diseñado.

Y estoy satisfecho, no solamente porque estén aquí, sino por ser ustedes quienes son, y porque se dedican a lo que se dedican; es decir, al Derecho Internacional y a las Relaciones Internacionales. Derecho Internacional y Relaciones Internacionales que hasta hace muy poco tiempo, en España, era una materia reservada fundamentalmente a Jefes de Estado y de Gobierno y a la élite universitaria que se dedicaba a estos menesteres, en definitiva, a los especialistas. Pero hoy, sin embargo, creo que ustedes tendrán la misma percepción que yo, de que el Derecho Internacional, las Relaciones Internacionales, ocupan una parte muy importante de las páginas de los periódicos y ocupan una parte muy importante de cualquier informativo, de cualquier medio audiovisual.

Ya, la información internacional no es aquello que se pasa deprisa y corriendo para llegar a la economía o al deporte o a la sociedad, sino que ya nos detenemos, los lectores, en lo que se escribe en esas páginas. Y cuando tanto interés tienen los medios de comunicación por los asuntos internacionales es porque, sin duda, los lectores y espectadores y oyentes tenemos un gran interés por lo que ocurre en el mundo, por las relaciones internacionales, que eso es algo que hemos llegado a comprender, que nos interesa y que nos afecta a todos. Y no sólo es que nos interese, -como está ocurriendo en estos momentos en nuestro país- pienso que nos preocupa, nos entusiasma y, además, opinamos de una materia tan difícil y que, como he dicho anteriormente, estaba reservada, antes, a los gobiernos y a los especialistas.

He dicho que nos preocupa, nos preocupan las relaciones internacionales porque cada día somos más conscientes de que el futuro de nuestro país ya no es algo que dependa sólo de nosotros, sino que el futuro de nuestro país depende de lo que ocurra en la mayor parte del mundo y que, por lo tanto, hay una interrelación entre el mundo y nosotros, y nosotros y el mundo que hace que, efectivamente, sepamos que ya no podemos estar simplemente encerrados en nuestras fronteras, sino que tenemos que estar preocupados de lo que pasa más allá de nuestras fronteras; por eso nos preocupan las relaciones internacionales. Y nos entusiasma, y creo que nos entusiasma más que nos preocupa; nos entusiasma porque los ciudadanos tenemos, -los ciudadanos del siglo XX, de finales del siglo XX- tenemos necesidad de fijar nuestros objetivos vitales y nuestros objetivos sociales y nuestros objetivos políticos en causas nobles, en causas que siempre sean nobles; que nos llenen y que nos permitan confiar en la política. Los asuntos internos de cada país, yo creo que ni apasionan y muchas veces, ni siquiera ennoblecen a quien la practica y a quien la sufre.

La democracia española yo creo que sufre en estos momentos la debilidad de la falta de horizontes humanos, de objetivos políticos claros y de conquista de valores éticos. La transición española fue muy apasionante; fue muy apasionante porque no luchábamos por la inflación ni por el PIB, sino que luchábamos por la libertad, por la libertad, que no tiene nada que ver con otros conceptos que son instrumentos. Luchábamos por la libertad y esto nos apasionaba a todos aquellos que deseábamos y queríamos la libertad. No se confundían en aquel tiempo los objetivos políticos -que eran construir una democracia, que era vivir en paz, que era vivir en libertad-, no se confundían los objetivos políticos con los instrumentos de navegación para conseguir esos objetivos políticos. Y sin embargo, en la democracia

actual, en el mundo en el que vivimos, en el hoy, se lucha por el IPC, por el PIB, por mil pesetas para las pensiones, por el sueldo del Fiscal General del Estado, por no perder poder adquisitivo, por la independencia de los jueces en función de sus emolumentos, por las selecciones autonómicas de fútbol, por salir en televisión a contar lo que antes se contaba en los confesionarios o a los psiquiatras... y todo esto, yo creo que no ofrece valores, atractivos como para que el ciudadano se sienta identificado con el sistema democrático.

Hoy podríamos decir que el lenguaje de los políticos podría borrar el sonido, como ocurre en algunas tribus de la selva ecuatoriana en la que los conquistadores hablan sin pronunciar palabra, sin sonido; porque a los espectadores no les interesa nada lo que los conquistadores tenían que decirles respecto a su cultura o a su forma de ser y a su forma de actuar.

Y esto podría pasar con la política española y occidental en este momento, que podríamos hablar los políticos sin siquiera emitir sonidos o cortándonos el sonido moviendo solamente los labios.

Porque además, se nos pide a los políticos que avalemos, o mejor dicho, que anulemos nuestra libertad como ciudadanos para que no militemos en un partido, que es la esencia de la democracia, la esencia de la representación. Se nos pide que anulemos nuestra libertad para que militemos en sectas; “si no se nos entiende”, “si no se entienden entre ellos” -nos dicen los comentaristas políticos de los periodistas- “si no se entienden entre ellos”, “¿cómo les vamos a entender nosotros?”; “si no se ponen de acuerdo, ¿cómo les vamos a votar?” ¿Y qué, que no nos voten?, ¿y qué? A nosotros, ¿no nos exige la Constitución española una democracia interna en el funcionamiento de los partidos políticos?, pues esto es lo que tenemos que hacer: democracia interna y libertad. Ahora, si por ejercer la libertad y la democracia se nos castiga electoralmente, pues ¡viva la libertad! y ¡viva la democracia!

“Nadie perdona a un partido que no está unido”, oímos y leemos todos los días en la prensa; no hay ningún partido que en sus estatutos diga que cuando uno milita tenga que estar unido; tiene que ser libre y tiene que practicar la democracia; y yo no entré en un partido -hace ya muchos años- para estar unido, yo entré para defender un proyecto político y sobre todo para discutir cuando no estoy de acuerdo.

Si todos nos apuntamos a la unidad y todos queremos neutralizar nuestras opciones y, al final todos apostamos por Blair?, pues hagamos un partido único con el señor Blair como Secretario General y “colorín colorado, este cuento se ha acabado”.

Vivimos en plena cultura del envase; el envase importa más que el contenido; el funeral más que el muerto y la misa más que Dios; la unidad importa más que la libertad en la democracia española; la unidad más que la libertad. Y la unidad, queridos profesores, está sólo al alcance de los que son muy inteligentes, y yo no lo soy. Porque hay que ser muy inteligente y tener un coeficiente intelectual muy alto para explicar a los ciudadanos lo inexplicable, lo irracional y lo antidemocrático; hay que tener un gran nivel de inteligencia para justificar lo injustificable, para explicar lo inexplicable y, encima, que la gente se lo crea.

Lo importante es que vean que estamos unidos, -el envase- como los matrimonios de antes: lo importante no era cómo vivían, sino que no se enterara el vecino que estaban “algo” separados.

Y además, opinamos sobre asuntos internacionales; nos apasiona, nos preocupa y opinamos. Y opinamos seguramente desde su perspectiva, -desde la perspectiva de los profesores que se dedican a esto-, opinamos seguramente desde el desconocimiento y en la mayoría de las ocasiones desde la ética de lo absoluto. Si la guerra es mala, -y lo es- todas las guerras son malas y casi siempre, los ciudadanos, con el desconocimiento y con la ética de lo absoluto, no queremos entrar en otro tipo de consideraciones.

Pero, quienes no tenemos todos los datos, es decir, que tenemos una enorme desinformación y quienes no opinamos desde la ética de lo absoluto, -tal vez por nuestro eclecticismo- más que opinar en estos asuntos internacionales, lo que nos hacemos son preguntas. Por ejemplo, yo me pregunto: “el siglo XXI está a la vuelta de la esquina, y se discute si empieza en enero de este año o en el que viene, ¿y qué importa?” A mí lo que me importa es preguntarme: “¿Cuántos vamos a entrar en el siglo XXI?”, sea en este enero o en el siguiente; ¿cuántos?, porque yo creo que vamos a entrar muy poquitos en el siglo XXI; el resto del mundo va a seguir en el siglo XVIII o en el XIX; esto sí me preocupa, que haya unos pocos que entran en el siglo XXI y que haya una inmensa mayoría que sigan en el XVII, en el XVIII y en el XIX. Me preocupa y me pregunto.

El siglo XXI nos va a proporcionar, con toda seguridad, nuevas tecnologías que ni los más lúcidos visionarios de principio de siglo o de finales del siglo XIX, siquiera se atrevieron a imaginar; ya las tenemos aquí, pero lo que viene, a nivel tecnológico, es inimaginable. Y yo creo que sólo ya con lo que tenemos, tecnológicamente hablando, un ciudadano del siglo XIX se quedaría asustado y asombrado si viera pasar diariamente por los cielos a estos “yet” que atraviesan el Atlántico en unas pocas horas.

Ahora, más susto y más asombro les produciría a esos ciudadanos del siglo XIX, -más susto- que esa enorme tecnología que permite volar en cinco horas todo el Atlántico, no impida que dos ciudadanos africanos de quince años mueran en el tren de aterrizaje de un “yet” belga; esto sí que les debería producir un susto terrible.

Les produciría un susto a ciudadanos de principios de siglo el enorme avance de la medicina; les produciría un susto enorme ver cómo hoy se pueden transplantar prácticamente todo tipo de órganos. Ahora, el susto sería mayúsculo si vieran que este gran avance tecnológico en la medicina sirve para que en países terceros, como en la India, haya un turismo biológico donde se asesinan niños pobres para salvar la vida de niños ricos; esto les debería producir, si se levantaran, un susto enorme.

¿Qué tipo de relaciones internacionales son esas que practicamos los occidentales, que para impedir el éxodo de inmigrantes, nos permiten ver las imágenes de esos cuerpos morenos, hinchados, varados en las playas de nuestro país, en esas mismas playas que los occidentales, que los españoles, utilizamos por la mañana con toda clase de cremas para ponernos morenos? Con el tubito de crema, ese inmigrante varado e hinchado en la playa, seguramente, hubiera tenido para comer quince días en su país.

¿Cómo se puede llamar sociedad global o sociedad abierta a un mundo que con una mano deja pasar los dólares de una país a otro sin límite, y con la otra mano pone alambradas permanentes para impedir el paso de los seres humanos?; ¿qué clase de sociedad abierta es esa?; ¿qué sarcasmo es ese?; ¿qué tipo de lenguaje pretende engañar a la gente diciéndole que estamos en una sociedad abierta donde solamente pueden pasar las mercancías y los dólares, y los ciudadanos no pueden pasar?; ¿qué sociedad abierta es aquella que da más importancia al dinero que a las personas, a la langostas que al ser humano? Un chiste de “El Roto” que leí hace unos días decía: “estos pobres del tercer mundo, con tantas desgracias seguidas no nos dejan ni tiempo para practicar la solidaridad”. Y llevaba razón; y es que tanto terremoto y tanta catástrofe natural seguida agobian nuestras ansias de caridad, que no de solidaridad, porque la caridad se diferencia de la solidaridad en que sólo da aquello que le sobra.

El resto del tiempo, los países pobres nunca son noticia, querido presidente; el resto del tiempo no son noticia los países del tercer mundo. En esos países, la sangre, la miseria, el asesinato masivo... nunca son noticia; ahora, los terremotos sí, siempre que esos terremotos no vengan, por ejemplo, seguidos de un gran acontecimiento deportivo. El terremoto de Turquía de agosto, duró el tiempo que tardaron en empezar los Campeonatos Mundiales de Atletismo de Sevilla. Si el terremoto se demora unos días, no hubiera habido terremoto para nosotros, para los turcos sí; hubieran seguido muriendo igual.

¿Por qué tanto interés por la naturaleza y tanto desprecio por los derechos humanos?; no entiendo muy bien ese interés de la Sociedad de Naciones por defender la naturaleza al precio que sea, y sin embargo, ese desinterés y ese desprecio por defender la violación de los derechos humanos allí donde se produce.

¿Por qué no transformar, señoras y señores, la ONU en un Parlamento legislativo que haga leyes mundiales de obligado cumplimiento sobre Derechos Humanos? ¿Por qué no un Ejército multinacional que, a las órdenes de la ONU, intervenga obligatoriamente allí donde se desprecie o no se cumpla esa legislación internacional sobre Derechos Humanos?

Decía antes el profesor Betancourt, mientras tomábamos un café, que si era cierto que los políticos españoles empleaban de vez en cuando los tacos; yo le decía que sí. Le voy a leer una frase que tengo aquí apuntada, con taco y sin taco, a ver qué le parece: “¿por qué somos tan miserables los países ricos, pensando que nuestra riqueza es el producto de nuestra buena suerte?”; se la leo otra vez: “¿por qué somos tan cabrones los países ricos, pensando que nuestra riqueza es el producto de la buena suerte?” Suena mejor la segunda.

¿Por qué no nos enteramos, -y con esto termino-, por qué no nos enteramos, los occidentales, que los pobres del mundo están con la democracia, pero es la democracia la que no está con ellos?

Muchas gracias y queda clausurado el Congreso.